

una canción alegre en la lejanía

alzóse Federico en luz bañado
Federico, Granada y Primavera
y con luna y clavel y nardo y cera

abrazo hermano

esbelta tierra de pablo,
dulce tierra de josé,
santiago de mis amores,
quién te ha visto y quién te ve.
La angustia te tiene presa
con los coímullos de yes
por tu cintura morena.
Guantanamera guajira.

Chilena guantanamera.
Tiene tu estrella una sola
ola de fieles colores
que allende los mares pones
en la cresta de una ola.
Guantanamera guajira.

Chilena guantanamera.



canción de fragua

y la palabra se hizo carne
de yunque
y mano de hoz

y la palabra se hizo
a costa
de verdades como puños

y la palabra
a costa de sueño
con el yunque se hizo y con la mies

y a golpes de palabra clamó
al cielo
el reino de este mundo.

CINIZAS DEL MAR

LUCHO CALVO

Vi como en unos pocos segundos pasó la tormenta, como la montaña cuando cublorta de blanco y como —tal si se tratase de nieve sorprendida por la tormenta— fue dejando que primero en la cumbre y luego en toda ella se revelara su oscuro color. Me gustaba poetizar en lo posible la complejidad del mundo que tenía ante mí en la forma en que lo hacían los viejos pescadores con sus pocas ochaba horas y horas al pie de la ribera, aun cuando no consiguiese la fuerza y simplicidad de sus metáforas. Ahora especialmente, hacerlo como me hizo tantos años trataba de enseñarme el mejor conocedor de la lucha y la complejidad del mar y la tierra, el Señor Pepe de Furnas. Hoy, como otros muchos años al rogar al borde del cantil, sentía la necesidad de dedicarle mis más sinceras consaciones ante el Océano al hombre que me había enseñado a temerlo y amarlo. Pero esta vez con más razón, porque desde hacía un momento el Señor Pepe de Furnas se había integrado como siempre fue su deseo a la complejidad del mar que mostraba su satisfacción con la más embravecida de las montañas que le conocía. En medio de las aguas, la roca solitaria parecía un juguete de los vientos oscuros, casi negro, para inmediatamente dejar a la vista las blancas montañas. A figuras como ésta aludía normalmente el Señor Pepe de Furnas cuando miraba el mar embravecido, cuando al pie del cantil desafiaba los fuertes vientos del norte cargados de sabor a sufrimientos, a esperanzas y desesperaciones, a sal y frío, a algas y peces... El mar calmo, deseado para poder trabajar en él y sacar algún dinero, no era de su agrado; en esos casos siempre le ponía nombre de mujer —la mar, decía con un gesto despectivo—, y sentía por ella la misma pasión de la amistad inspirada en su bravura, convirtiéndola en amor. En malos casos no podía justificar las vidas sacrificadas en la lucha a muerte con el mar. Nadie lo conocía como él, sabedor de cuanto escondía las riberas entre las rocas, del significado de cada melodía del viento, las olas y las arenas... Y aún cuando soñaba con morir un día sorprendido en la marejada, siempre me aconsejó a temerlo, a respetarlo, a huir del peligro temerario. Para él darse honorariamente al mar sin luchar, dejarse llevar del embelesamiento que produce, era una traición a la propia honestidad de la lucha que planteaba. Una muerte así no podría contribuir nunca a la reconciliación de la tierra y el mar. Se lo decía aun esta mañana a Xiao. Ningún otro hubo que supiese tanto del mar,